

# DIGNIDAD DE LA NOCHE

ANTONIO PEREIRA

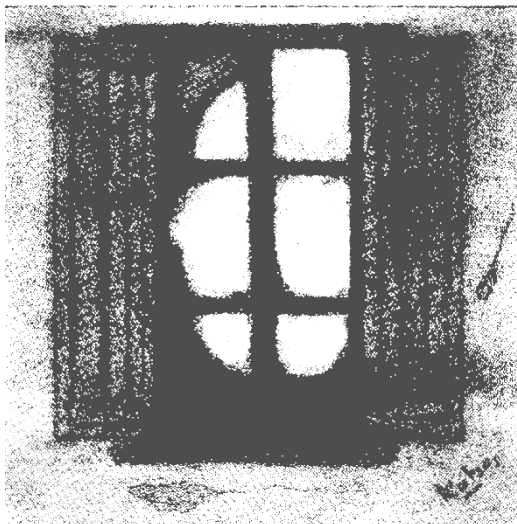
Sólo algunos forasteros -los viajeros no somos forasteros en ninguna parte- deben de conocer el secreto de la pequeña ciudad que fue olvidada cuando el troceado de la nación. Y mira que es el secreto más fácil de descubrir, porque basta con la necesidad (o la ocurrencia) de quedarse a pasar una noche.

Los viajeros lo hacemos adrede, el combinar la ruta para pernoctar en la pequeña ciudad que ya no viene en los mapas. Donde menos pedidos puedes sacar. Se te pegan las sábanas porque estos comerciantes son muy señores Y abren tarde por las mañanas. Los comercios es raro que tengan clientes. Hay en la pequeña ciudad un talante como de orgullo frente al consumo, que también puede ser consecuencia de que no se reciben subsidios. No es extraño que los forasteros simples y los impacientes se alejen sin esperar a la noche. O es que les da miedo andar por calles de piedra muda, doblar en pleno día una esquina y ver que sigue otra calle, y luego otra, y lo más que se encuentra es un perro durmiendo.

Los perros hacen la misma jornada que sus amos. Empiezan a entonarse a última hora del día.

Una vez, pero esto fue en la capital próspera, viví lo que en nuestra profesión sólo se suele vivir una vez. Estaba contento de haber vendido en las tiendas de detall unas docenas de garrafones cuando me presentaron a un mayorista que quería comprar un vagón completo, ¡ochocientos garrafones de Vimbodí!, y me compró el vagón. Pues una palpitación así -pero de otro ramo, como si dijéramos- sentía yo en la pequeña ciudad que cuento, cuando por las ventanas de hotel observaba que caían las sombras y empezaba a encenderse el alumbrado público.

Las cosas no empiezan de repente. Era una espera, una calma tensa, como suele decirse y a lo mejor unas vecinas que salen a sus puertas, se aseguran de que el sol se ha hundido por el lado de la frontera y sacan grandes baldes de agua para limpiar su trozo de calle como se prepara el escenario del teatro o el salón de baile el camino para la procesión. Luego son rumores, las ventanas que se van abriendo, pisadas, más pisadas -las mías propias, que se unen a la actividad creciente-, gente que va y viene vestida como de fiesta. Muy usados los trajes, me parece. Pero de fiesta. En el Teatro ya no dan funciones, pero se llena el ambigú, se despachan algunas copas pero no es obligatoria su consumición. En realidad son horas de prosopopeya, no de gasto, y no



hay nada comparable a una ciudad con tantas almas poblando cada noche, hombres recién afeitados, mujeres que se han ondulado el pelo para que la noche tenga sentido.

-Para que la vida tenga sentido. -Pero sólo a quienes ellos consideran merecedores se lo dicen-. Usted habrá conocido a gentes que se han resignado a perder todo menos el empaque.

O esta comparación más bonita:

-En el mar, aunque el barco marche a la deriva, hay que respetarse a sí mismo y arreglarse para cada velada.

La noche última, que había sido como todas las noches, con paseo de sociedad en la plaza y concierto -sin músicos- en el templete de la música, regresé al hotel y justo me buscaba el cartero. No era la primera vez que veía hacer el reparto a esas horas, cerca del amanecer. La firma me felicitaba, me ascendía y me trasladaba a una ruta de primera. Debería ser una buena noticia pero me llenó de tristeza. Convidé al cartero, al conserje y al encargado del bar del hotel. Necesitaba tener compañía en el trance. Otra solución sería el calor comprado de una mujer. Pero aquí el prostíbulo no abre hasta las once de la mañana, y el estar esperando da no sé qué.